Tomo 7

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 22 bis

San José, Costa Rica 1924 Lunes 25 de Febrero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Un gran escritor de cuadros de costumbres, costarricense

Manuel Jesús Jiménez

Manuel Jesús Jiménez es poco conocido. ¡Y a pesar de ello, qué valiosa es su obra literaria! Con qué pureza de forma y sencillez en los procedimientos, y con qué poder evocativo reconstruye los tiempos coloniales de su patria; y tiempos más modernos, desde los primeros de vida independiente hasta los contemporáneos, cómo quedan reflejados, como en un claro espejo, en sus admirables cuadros de costumbres. Bienhadado momento aquel en que la Comisión Commemorativa de Costa Rica en el siglo XIX lo eligió como colaborador; atinada elección la de que presentara la vida social costarricense.

Jiménez en nada es excedido como escritor de cuadros de costumbres, ni por Ricardo Palma, ni por José Milla, ni por Emiro Kastos. Respondiendo a las exigencias de la crítica que pedía a los escritores americanos que no bebieran en fuentes bibliográficas europeas, que dejasen de ser exóticos en sus asuntos, que hiciesen, en fin, literatura americana, muchos han tratado de desvincularse de los lazos artísticos que nos unen al Viejo Mundo, de desechar los moldes que insistentemente ofrecen los grandes maestros a su imaginación creadora, y por donde fluye ésta por hábito inveterado. Pero casi todos tropezaron con el mismo obstáculo. Casi todos trataron de hacer literatura nacional a copia del mismo recurso de emplear con abundancia un léxico lleno de provincialismos. Hacían la reconstrucción anhelada del medio patrio a base de descripciones de ciudades, de trajes y de costumbres en que campeaba el vocabulario criollo. Era una reconstrucción simplemente formal. Pero el alma de las jóvenes patrias hispano-americanas, esa extraña alma tan vieja y tan joven, tan reclamada por su pasado europeo, tan llena de las solicitaciones de sus componentes indígenas, tan transformada por su exuberante y extraordinario medio tropical, quedaba muda. Por eso reconocemos como la primera cualidad de Manuel Jesús Jiménez la mesura con que emplea el término netamente nacional sólo cuando no puede evadirse de él porque le proporciona el delicado matiz insustituible. A la evocación del nuevo escenario de su joven patria, del vestuario pintoresco de sus personajes, renovado por los distintos tiempos, componentes ambos de más trascendencia, lleva igual discreción. En cambio, con qué limpieza y bondad de procedimiento hace resurgir aquel noble espíritu castellano de los abuelos coloniales, lleno de cándida sencillez, de temperancia, de moderación, de hombría de bien y de fe cristiana. Dase uno cuenta, al leer sus trabajos, de a qué pura génesis debe Costa Rica las virtudes cívicas que todos reconocemos en ella. Por sus cuadros pasan gobernantes patriarcales, a los que la ley parece conducir como atados por un hilo liviano, nunca roto: gobernantes a los que era preciso procesar para que no abandonasen el poder, huyendo de su terrible responsabilidad y ansiosos de refugiarse en tranquilos hogares, que en vez de dar los tumbos modernos, en los peligrosos altibajos de nuestra sociedad contemporánea, parecen ir por una ancha y plana carretera, como iban los carros de aquel entonces, tirados por bueyes, lentos, tranquilos, sin desvíos, pero seguros, en una labor incansable. Por sus cuadros pasan gobernantes respetuosos para el pueblo que los había elegido, jefes de hogares apacibles y felices. En esas sólidas viviendas coloniales, amplias, bajas y feas, en que la necesidad de abrigo era satisfecha con elemental sencillez, trascurre la existencia de los costarricenses del tiempo rememorado por Jiménez. Complejas necesidades modernas no los solicitan; techo, abrigo y los sólidos alimentos lugareños son fácilmente obtenidos por un tranquilo esfuerzo; ambiciosas miras que hoy afligen a sus nietos los dejan en paz: ni la sed del poder, ni el demonio del arte, ni el ajetreo del comercio internacional, ni la fatiga de estudios gastan sus cuerpos y sus almas. Descansan en Dios en sus aflicciones; las leyes de los hombres regulan sus actos sociales. El aguijón de la codicia de bienes terrenales los hiere; pero únicamente lo necesario para que en el camino sin tropiezos de aquellos tiempos felices, continúe la vida provincial en su lento avance y no pare del todo. Otro de los grandes estímulos humanos, la necesidad de perpetuarse, también tiene cauce

Don Manuel J. Jiménez,
tal como era en 1891

Nació en Cartago en 1854
Murió en Alajuela el 25 de febrero de 1916

(Foto. A. Emile, París).

trazado en los días coloniales y en los primeros años de vida independiente en Costa Rica La incombatida posesión de una sola mujer se lo da. Un caso de amancebamiento hace intervenir a las autoridades: uno de falta de respeto a éstas pasa a la Historia por su insólita extrañeza y conmueve al vecindario: un homicidio forma época. En cambio, todo lo que constituye el progreso moderno falta en la precaria colonia española, pobre e ignorante. En ciertos lugares es difícil elegir autoridades de entre los vecinos, porque pocos de éstos saben leer. «Se puede aseverar, dice un informe oficial de los primeros años del siglo XIX, que ninguna provincia está más indigente en la monarquía, pues aquí se ven gentes vestidas con corteza de árboles, otras que su cama consiste en un cuero y otras que para ir algunas veces a Iglesia, alquilan o piden prestada la ropa que han de vestir». Ni agricultura ni comercio ni estímulo para el trabajo ni escuelas, poseían entonces los costarricenses. Desconocían hasta el elemental arado y con hacha, machete y pala, labraban los campos, limitándose a cosechar los frutos de la tierra necesarios para sus familias. Así alboreó para ellos el siglo de las luces. Su progreso durante él iba a ser rápido. Los comienzos del siglo XX los han de encontrar ricos y sabiamente organizados. ¡Pero ah, cuántas de las virtudes pristinas, qué girón tan grande de la pureza de costumbres, quedarán en el camino! Repetimos para Costa Rica de a principios del siglo XIX lo que un día dijimos refiriéndonos a Honduras: que dan ganas de detener al progreso y pedirle garantías de buenas costumbres antes de dejarlo entrar a ella.

La misma queja exhala el escritor de costumbres. Conforme los tiempos pasan y la pequeña república se enriquece, se instruye y progresa, las costumbres se relajan. Algunas de las quejas de hombres de aquel entonces, que deploraban la relajación de costumbres, tienen especial encanto, por su ingenuidad. He aquí una que habla mejor que nada de la blancura sin mancha de los usos ticos: «Es innegable que en el día, para celebrar cualquier contrato, ya sea de palabra o por escrito, es necesario testigos; y repetir con tanta minuciosidad las condiciones, que se fastidian los que quieren asegurarse, por el aumento de las palabras, que no serían necesarias, como no lo es cuando se trata de hombres de bien». El mejor canto de nuestros abuelos de los primeros años de vida independiente no tendría la virtud de esta brava protesta.

Por eso, porque no es una reconstrucción formal sino algo palpitante y cálido como un organismo vivo, algo suavemente perfumado como un recuerdo familiar, algo que tiene carne y huesos y sangre, y modalidades muy criollas, todo impregnado del ambiente de sencillez incontaminada y de religiosidad de aquellos tiempos patriarcales, nos hemos aproximado con cariño a la obra de este gran costumbrista centroamericano.

Si eso son en su esencia los cuadros de costumbres de Jiménez, formalmente sus narraciones tienen un estilo fluído y puro. Dieron base estable a sus trabajos de reconstrucción de los tiempos pretéritos un léxico castizo, una sintaxis sin tacha y un amplio conocimiento del idioma, que hacen su prosa ritmada y fácil. Por fortuna, podemos añadir que no es un preciosista. Rubén Darío nos decía que nada tan lejos de la belleza como el demasiado atildamiento, que linda con el amaneramiento. Y este credo del gran poeta es el nuestro, y, de hecho, el de Jiménez. ¿Por qué huir con tanto horror de un consonante, de un asonante o de una repetición de palabra, que muchas veces es insustituible, porque en castellano no hay en propiedad sinónimos? La vida no procede así; la vida se repite, y sin embargo es bella. Vale más repetir un verbo, una palabra cualquiera, que repetir un procedimiento de crear, el mismo procedimiento siempre, mecánico del todo, de las fáciles sustituciones de vocablos o de las mutilaciones, que hizo a Valencia dogmatizar así: «La belleza se hace por restas; no por sumas». No: sean el espíritu y el talento claros que ya la forma lo será. Claudique, dolorosamente, la inteligencia y en vano empleará todos los recursos del oficio de escritor.

Lo que podemos llamar el procedimiento íntimo para crear, el estilo, en fin, se lo proporcionó a nuestro autor, sin duda, su cariño por el pasado de Costa Rica. Sólo un buen patriota pudo hacer la obra de Jiménez. No es el escritor de oficio que se propone desarrollar un tema por cualquier estímulo remunerador en oro o en fama. Es el hombre encariñado por un medio pretérito que da relieves de grandeza al nacimiento de un pueblo querido. Sólo esto lo pudo hacer apto para la evocación serena y sobria, y tan cálidamente fiel. No queremos hacer una fácil antítesis al agregar que en toda su obra priva una piadosa ironía: la ironía con que juzgamos y gozamos ante los actos del niño. Todo gran espíritu ha poseído este amoroso y doloroso reir ante la vida. Los escritores que además de grandes escritores son grandes corazones, todos lo tienen. Lo tiene Cervantes, Verne, Daudet, Amicis... Y acaso no hemos querido comprender que su obra nos es amable y amada precisamente por esa dádiva de bondad, que al juzgarla como críticos llamamos habilidad de procedimiento, claridad de ingenio, cuando no es sino el perfume de un alma buena. Y estos trabajos humanos son los más queridos, los más populares y los más aplaudidos. Hay grandes temperamentos literarios, ingénitamente literarios, que no poseen este suave medio de acción sobre las almas: los admiramos, pero no podemos amarlos; y quizá ni aún podemos admirarlos plenamente, porque la admiración es una forma del amor. Siempre hemos creído que la primer clave del éxito único del Quijote está en la admirable bondad del generoso caballero castellano Cervantes. Bondad es sabiduría. Ser santo es ser sabio. Jiménez, con sencillez ejerce una influencia bienhechora. Ante ese nacimiento de nación se inclina con fervor como pudiera hacerlo ante el nacimiento de un niño. Tiene detalles delicados para el balbucear de la vida política de Costa Rica. La prudencia de nuestros ascendientes ante toda innovación, que siempre puede envolver un peligro, lo hace sonreir. Cuando llegan las noticias de la cautividad u otras peripecias de la existencias del monarca español, o las aún más graves de la declaración de independencia de los Estados vecinos, o en los hermanos de América Central; cuando el imperio mexicano, como todo imperio, aún naciente, ya forma planes de absorción y codicia el suelo patrio; los antecesores coloniales del escritor «se agazapan», según su propia expresión, y ven venir las cosas, preparándose a arrojar sus ciudades y pueblos en el platillo que pese más. Y Jiménez sonríe ante esto. En realidad, ya desde entonces el pueblo tico era un pueblo pacífico y amante del trabajo, como había de definirse después en la vida independiente, contrastando con la inquieta y guerrera actuación de los pueblos hermanos. En las pequeñas colisiones de aquellos felices tiempos, entre ciudad y ciudad o entre incipientes partidos, contadas de manera verdaderamente sabrosa por el autor, no llega nunca la sangre al río. Hay, si mal no nos acordamos, un caballo muerto y dos o tres flamantes guerreros heridos. Jiménez ríe con risa sana y grata ante la evocación de sus pacíficos abuelos, trabajadores, honrados e infantiles. Y el lector ama con él ese cemento de diáfana probidad castellana sobre el que después habrá de edificarse la pura democracia del pueblo costarricense, llamado con razón la Suiza de América.

Repetimos que el escritor centro-americano no tiene la fama de Palma; que acaso es menos conocido que Milla o Kastos; pero que no les es inferior ni por la forma ni por el fondo, ni por algo, que es sólo tributo de la vida, que supo llevar a sus narraciones. Como, por otra parte, los cuadros de costumbres llenan un vacío tan grande en la literatura patria, estos factores de necesidad y de oportunidad harán que su figura de escritor se destaque en primera línea en la historia del arte en Centro América.

R. ARÉVALO MARTÍNEZ

(*Centro América*, Guatemala).



Henri Fabre


J. H. FABRE

EL 23 de diciembre de 1823 nació en una choza de Saint-Lens de l'Aveyron el naturalista Henri Fabre. El pasado domingo celebró Francia el centenario del natalicio. Fabre es el observador de los insectos, autor de los *Souvenirs entomologiques*, obra monumental de gran número de volúmenes, de los que se han extraído algunos capítulos, que forman cinco tomos manuales, ya traducidos al castellano. Sobre cuál ha sido la innovación de Fabre en las ciencias naturales, nadie lo ha expresado mejor que él mismo en estas palabras, dedicadas a los entomólogos que, encastillados en los métodos tradicionales y la prosa científica, le tachaban de escritor demasiado ameno y mal disecador de insectos:

«Vosotros destripáis la bestia y yo la estudio viva; vosotros hacéis de ella un objeto de horror y compasión, y yo hago amarla; trabajáis en un taller de tortura y despedazamiento, y yo observo bajo el cielo azul el son del canto de las cigarras; sometéis a reactivos la célula y el protoplasma, y yo estudio el instinto en sus manifestaciones más elevadas; vosotros escudriñáis la muerte y yo examino la vida. Y ¿por qué no completar mi pensamiento? Los jabalíes han enturbiado el agua clara de las fuentes; la historia natural, ese magnífico estudio de la juventud, a fuerza de perfeccionamientos celulares se ha hecho otra cosa, odiosa y repugnante. Pues bien; aunque escribo para sabios, para los filósofos que algún día intenten desenredar el arduo problema del instinto, también escribo, y especialmente, para jóvenes, a quienes deseo hacer amar esa historia natural que tanto hacéis aborrecer vosotros; por eso, aún manteniéndome en el escrupuloso dominio de lo verdadero, me abstengo de vuestra prosa científica, que con sobrada frecuencia parece tomada de algún idioma de Hurones».

No era Fabre uno de esos clasificadores de insectos que catalogan cadáveres; su observación se aplicaba al animal vivo. Esta novedad en el método dió lugar al descubrimiento de maravillas del instinto mucho más sorprendentes de lo que se había supuesto, y de errores consagrados que corrían tradicionalmente acerca de las costumbres de ciertos insectos. Entre aquellos descubrimientos cuenta como ejemplo la *cloroformización* que la aguja de ciertos insectos produce en el cuerpo de otros pinchando certeramente sus centros nerviosos, a fin de poder suministrar a sus larvas una presa fresca e inmóvil. Entre tantos errores derrumbados figura la fábula de la cigarra y de la hormiga; es la cigarra la que trabaja en el rigor del verano con su taladro en beneficio de la hormiga, sedienta y egoísta, que acaba por desalojarla de su pozo artesiano. Había en Fabre cierta vena de fabulista, admirablemente aprovechada para la exposición literaria de sus descubrimientos. Y ¿dónde vivía en su *harmas* de Serignan, sino entre «una sociedad tan numerosa como selecta», parecida a la de Esopo y Lafontaine, bien que más diminuta?

Poco importante sería, sin embargo, la obra de Henri Fabre, si quedase reducida a hechos como los citados. La obra de Fabre ha tenido repercusiones más hondas. Ha abierto a la mirada humana el misterioso mundo del instinto. Recuérdese toda la filosofía de Bergson sobre el *élan vital* y su escisión en dos corrientes: la inteligencia, que culmina en el hombre, y el instinto, que culmina en el insecto. (Si otro Fabre estudiara en vivo otras clases de animales, ¿no encontraría, acaso, en ellas un instinto tan clarividente como el de los insectos?) Las observaciones de Fabre han aportado pruebas muy numerosas contra el darwinismo, a lo cual se debe, sin duda, que su obra haya permanecido casi desconocida hasta fecha relativamente reciente. El darwinismo ejercía un mandarinato, un despotismo científico, que impedía la divulgación de los hechos y teorías que lo contradecían. Igual ocurrió con Mendel, el monje que cultivando guisantes descubrió las leyes matemáticas de la herencia. Fabre, en suma, nos ha hecho ver más que la estructura fisiológica del animal y su ajuste perfecto, la concordancia psicológica, por así decir, del animal, con su mundo particular, y, con ello, una visión más real de conjunto de la Naturaleza viva.

(*El Sol*, Madrid).

Envío

San José, Feb. 6 de 1924.

Señor don
Joaquín García Monge
S. M.

Estimado don Joaquín:

Al enviarle mi libro, *De la vida de las plantas*, deseo manifestarle varias cosas que considero de importancia para mí.

La primera es que el libro no pretende ser otra cosa que un intento de plantear dudas o puntos de investigación que si son llevados adelante pueden convertirse en hechos valiosos.

Lo segundo, que ese esfuerzo está dedicado al que para mí fué un maestro en muchos aspectos y por quien tengo verdadero cariño y admiración, a don Roberto Brenes Mesén.

Y después, que Ud. ha contribuído en gran parte a mi trabajo, dando un lugar honroso en el REPERTORIO a humildes y poco valiosos escritos.

Digo, pues, que para mí este libro, que sin duda despertará inquietudes y puede que refutaciones, es mi punto de partida, pues creo que quien duda está ya en vías de crear.

Para Ud. es una satisfacción por el cariño que por mis trabajos tiene y para don Roberto tiene que ser, allá en el lugar lejano donde labora, una muestra de que algunas de las semillas por él regadas van hinchándose para germinar.

Yo no me atrevo a decirle esto al maestro, que sin duda cree que no lo recuerdo, porque creo que no es esta obra, con todo y que yo la considero de valor decisivo en mi desarrollo mental, lo suficientemente valiosa para ofrecerla a quien tanto admiro.

Quiero que se considere este libro como la base de una gran obra en perspectiva.

Si yo no la hago, otros podrán.

Con todo cariño,

JUAN J. CARAZO

Para el Epistolario de don Ml. J. Jiménez

Cartago, agosto 4 de 1900

Sr. don Joaquín García Monge

San José.

Muy estimado señor mío:

Por haber estado en Tucurrique durante varios días no me ha sido posible contestar antes la grata carta de U., fecha 31 de julio ppdo., en la cual, comunicándome la próxima aparición del «Fígaro» y los nobles propósitos que abrigan sus redactores, se digna U. en términos benévolos pedir mi colaboración en el «Fígaro» y mi autorización para reproducir el artículo «Domingo Jiménez» recientemente publicado en el Boletín de la Biblioteca.

La honra que Uds. me dispensan con ello exede en mucho a mis merecimientos y es desmedido galardón para mis aficiones literarias, sin embargo, yo la acepto agradecido, no por merecida sino porque con ella tengo oportunidad de ofrecer a U. y a sus estimables compañeros el testimonio de mi simpatía.

Bien puede U. publicar mi citado artículo; y siento no poder enviarle desde luego algún trabajo mío, porque el que tengo listo, por ser de extensión semejante al de «D. Jiménez» no ha de calzar con las proporciones del «Fígaro» para ser publicado todo entero, mas tan luego como mis ocupaciones rurales me den alguna tregua, acudiré al honroso llamamiento que Us. me hacen.

Aprovecho esta oportunidad para reiterar a U. las seguridades de aprecio con que me suscribo

atto servidor y amigo

MANUEL J. JIMÉNEZ

(Inédita)

NOTICIA: El periódico a que alude don Ml. Jesús en esta carta no salió al fin. Mi compañero de empresa era el famoso humorista costarricense Yoyo Quirós, y no recuerdo por qué la hicimos a un lado.

¡Quién me había de decir—sin embargo—que al cabo de 23 años, como Director de la Biblioteca Nacional y como editor del REPERTORIO AMERICANO, *me tocaría reproducir el mismo artículo de que se habla en esta carta!*

Otro contacto con don Manuel Jesús lo tuve por entonces. Quería don Manuel que hiciera yo una novelita histórica costarricense. Hasta me dió el asunto, que después he visto tratado en forma de Romance Histórico *por D. Anastasio Alfaro en la pag. 33 de su* Petaquilla. *Me puso a trabajar don Manuel. Alcanzó a darme un testamento de la época para que estudiara lo de los trajes, mobiliario y otras cosas relacionadas con las costumbres. De todo tomé apunte. En eso vino mi viaje a Chile y la cosa se pospuso para la vuelta. Como se ve, volví de Chile y nada se hizo al respecto, ni se hará ya.*

Cartago, 10 setiembre de 1900.

Señor don Joaquín García M.

San José.

He tenido el gusto de recibir el ejemplar de *Hijas del Campo* (1) que U. se ha servido obsequiarme, por lo cual le doy mis agradecimientos.

Veo que U. prosigue en la tarea laudable de rendir culto a la literatura nacional. Sea enhorabuena.

El espíritu de observación que U. revela en sus novelas unido a las dotes literarias que posee, son prendas que le auguran merecidos triunfos literarios.

No soy juez competente, mas si hubiera de pronunciar un fallo acerca de su última obra, diría que tiene capítulos dignos de gran encomio y otros de amarga censura.

Cuando Ud. recoja un poco sus tendencias al naturalismo, carecerán sus novelas de capítulos censurados por aquellos a quienes como a mí no les guste el desnudo en literatura.

Hecha esta salvedad, reciba las felicitaciones de su atto. serv. y amigo,

MANUEL J. JIMÉNEZ.

(Inédita)

(1) *Hijas del campo*, novela corta de costumbres costarricenses. Vió la luz en 1900.

Cartago, setiembre 9 de 1908

Señor General

don Rafael Villegas

San José

Muy distinguido amigo:

Otras preocupaciones que atraían perentoriamente mi atención, mal de mi grado me obligaron a postergar mi respuesta a la muy grata y muy honrosa tarjeta de U., en la cual me convida para la simpática fiesta del *Libro de los Pobres*.

Permítame que en secreto le cuente brevemente la historia de mis fracasos literarios, para explicarle con ellos el cómo fué que rompí mi pluma de cuentista, así apellidada por quienes no quisieron ver sino cuentos en las historias reales que conté.

Pues bien: es el caso que in illo tempore me dí a los Archivos, así como otros se dan a los naipes, o a las copas o las hembras o a cualquier pecado mortal, y me fuí apegando sin sentirlo a las cosas de otro tiempo: adhesión a los conquistadores, conmiseración a los indios, respeto a la autoridad, devoción a los santos, cariño para las damas linajudas, para las mestizas limpias, para los mozos troneras, para los viejos formales, en fin, para todo lo que tuviera por lo menos cien años de no ser; y así hube de poetizar en mi mente toda la prosa de antaño. Ya convertido en poeta me vinieron los demás disparates por añadidura: dí un paso más en la pendiente y me troqué en loco; di otro y salí en los periódicos contando historias muy viejas. De mi primer artículo, según consta en sendas gacetillas, dijo Pío que no estaba mal; Chente que le parecía bien, y Rafael Carranza lo tuvo por excelente. La respetable prensa, pues, me brindó su aplauso. Estimulado con esos laureles seguí cojeando del dicho pie, hasta que la colaboración que presté en el Libro Conmemorativo me sacó de literato.

Figúrese U., tres meses de trabajar asíduamente buscando en los Archivos los hilos de la urdimbre, y uno de peinar las frases con analogía, sintáxis, prosodia y ortografía al tanteo, y otro más de pasar en limpio, para luego venir a parar en que nadie, pero nadie, me dijera tus ni mus, oste ni moste, bueno ni malo, chico ni grande, acerca de mis gallas letras. ¡Ah, ya por entonces la tierra se había tragado a Chente, a Pío y hasta al vivo de Carranza! Resumen: ni siquiera una gacetilla. Recordé la mala vida que se dió el Manco de Lepanto, me dí por la cabeza con la regla de proporción, y juré nunca más pecar, amén. Juramento vano. Años después me convidó El Ateneo para que dijera algo de Colón, y lo dije como Dios me dió a entender, y luego ví que El Ateneo rendido dió expresivas gracias al que hizo los grabados y al litógrafo y al impresor y a los lectores; pero de mi Colón ni El Ateneo, ni los gacetilleros ni nadie dijo tus ni mus, oste ni moste, bueno ni malo; y silencio tal me hizo reflexionar, y de mi reflexión saqué en limpio que lo que escribo yo, no vale un comino ni aquí ni en ninguna parte, y para escribir así más vale romper la pluma, y la rompí.

¿Cómo quiere usted entonces, mi buen amigo, que le complazca en escribir un cuento si ya yo no tengo pluma? Mas para manifestarle la simpatía con que miro todo cuanto viene de usted, y como prueba de atención y deferencia para con su talentoso compañero, el señor Vargas, dígole lo siguiente:

Hace diez o doce años escribí en un periódico una historieta que intitulé *Doña Ana de Cortabarría* (1); me salió bonita, a juicio de Chente, que en eso de literatura, pues... no era de lo peor de aquí. Si usted la quiere la peinaré de nuevo y se la entregaré, pues es que hacer yo otro cuento me da pereza, mucha pereza, y me sonrojo de pensar en escribir con aires literarios, cuando soy el primero en reconocer mi insuficiencia. Bien sé que para los trabajos del *Libro de los Pobres* es condición indispensable la de ser inéditos, y que siendo mi *Doña Ana* cosa ya pasada por letra de molde, el decirme U. que no la quiere, no es decirme que no me quiere, sino que quiere mantener la referida condición, y por lo tanto si le ofrezco esa historieta, es sólo para darle testimouio del afecto con que me he llamado y me llamo de U. servidor y amigo,

MANUEL J. JIMÉNEZ

(El Renacimiento, Cartago).

(1) La daremos a nuestros lectores en la próxima entrega.

El Pejibaye, Tucurrique, marzo 23, 1912.

Señor don Rómulo Tovar,

San José.

Muy estimado señor mío:

Por estar yo desde hace días en este rincón, me ha llegado con algún retraso la interesante carta de U. fecha 17 del presente mes, a la cual tengo ahora el gusto de referirme, rogándole que se sirva disculpar mi involuntaria tardanza en contestarla.

El calificativo que he dado a su citada carta, llamándola interesante, no expresa bien la impresión que me ha producido su lectura; su carta para mejor calificarla, debo llamarla evangelio, evangelio de la situación actual escolar de Costa Rica, con lo cual quiero decir a U. que sus ideas, como anillo al dedo, coinciden con las mías, en el desfavorable juicio que abrigamos acerca del menguado fruto de bien público que cosechan hoy los costarricenses de las escuelas oficiales.

La escuela común, aquella que pide la cultura popular, aquella que estatuye la Constitución, debe producir muchachos que sepan leer, escribir y contar, y es así que después de largos años de fatigas modernistas salen los escolares a duras penas cancaneando, garabateando y errando; luego algún vicio orgánico descompone, carcome y arruina los organismos docentes de Costa Rica. ¿Cuál es ese vicio, quién lo ha de proclamar, y quién lo ha de curar? esa es la cuestión.

Hoy, que tan portentosos progresos ha alcanzado la ciencia en las distintas esferas de la actividad humana, parece fuera de duda que el método por donde se han investigado tantas y tantas científicas verdades, ha sido el de la especialización, porque la vida entera de un hombre apenas alcanza a esclarecer una sola especie de la verdad. La ciencia pedagógica moderna ha sido traída de los nebulosos campos de la especulación filosófica en hombros de los especialistas pedagogos, y viniendo de tan subido origen por conducto tan autorizado, nadie que no sea profesional se atreve a poner en duda sus afirmaciones ni a señalar entre sus prosélitos a los sabios y a los sofistas del magisterio. Por eso seguramente han gozado y gozan de pleito homenaje entre nosotros tantos y tantos sofismas escolares; y que los hay, los hay, puesto que las tres erres inglesas no parecen, y que imponen reverencia no cabe duda, puesto que nadie se atreve a denunciarlos.

¿Cuál es, pues, el vicio orgánico de las escuelas modernas? Yo, si fuera especialista, si fuera maestro, diría que el vicio es la superficialidad, obligada consecuencia del plan vigente por el cual se abarca mucho, pero se aprieta poca sustancia educativa; mas como soy profano y desconozco el ritual vocinglero de los maestros, guardo silencio esperando que la magnitud del desastre ha de producir en la opinión pública un cambio de criterio que sirva de sostén a la evolución aludida por U. en su citada carta y aceptada por mí en estas líneas.

Pero mi silencio, según colijo de su carta, no cuadra bien con mis deberes de funcionario. En realidad de verdad, rigurosamente, U. tiene razón; pero si yo alzara mi voz, voz desautorizada para el caso, voz profana, voz que no es de ningún especialista, ¿no cree U. que sería predicar en corcobados, ya que por los desagradables incidentes de actualidad, se debe inferir que el gran público costarricense hondamente [illegible]do con la institución de la instr[illegible] pública, mira en ella como finalidad no el bien social, sino el bien del maestro? Y en ese medio ambiente desorientado en donde nadie pide frutos al maestro y en donde sólo se invocan los fueros mercenarios del maestro, es a donde U. me insinúa que debo intervenir.

Su insinuación es hija de su ascendrado civismo, refleja bien cuánto quiere U. la instrucción pública, piedra angular de nuestra patria, sea enhorabuena, ya que U. por méritos propios, ha de intervenir seguramente en la política del país; mas por lo que hace a mí, es su insinuación cosa grave, ardua empresa, digna de previa y honda reflexión. Déjeme pensarlo.

Mientras tanto, reciba el testimonio de mi sincero respeto y bien sentida simpatía con que me repito de U. servidor y amigo,

MANUEL J. JIMÉNEZ.

(Inédita).

Domingo Jiménez

¡COSTA Rica! He aquí el nombre con el cual surgió a la vida civilizada este pedazo del continente americano, estos cincuenta mil kilómetros cuadrados que sirven hoy de asiento a un pueblo consagrado a las faenas del trabajo. ¡Costa Rica! He aquí la eufónica palabra, pronunciada como síntesis del más encendido patriotismo, por cuantos en el transcurso de tres siglos han ido dejando en esta tierra las señales evidentes de su cívicas virtudes. ¡Costa Rica! Esa fué la sonora voz que resonó en el apacible valle del Guarco, cuando Juan Vázquez de Coronado, fundador de la Colonia, levantó en el campo en que confluyen el Taras y el Purires, los humildes fundamentos de la patria; ésa, la expresión que se oyó de valle en valle, cuando don Juan Mora, fundador de la República, repartió a manos llenas los fecundos frutos de la independencia. ¡Costa Rica! Ese fué el grito de guerra que resonó en los desfiladeros de Quebrada Honda, cuando Mansfeld y en los llanos de Santa Rosa, cuando Walker; ése, el hurra prodigioso que asombró y puso en fuga a los piratas y, ése, el gemido marcial de los soldados que infundió en el pecho del Erizo la sublime abnegación del sacrificio. ¡Costa Rica! Esa fué la palabra que vino a los labios y encendió los corazones de todos aquellos que hablaron y entendieron el idioma del progreso, cuando vieron desfilar ante el altar de la patria, al Gobernador Flores con la primera escuela de Cartago, al Ministro Doctor Castro con el claustro universitario, al Presidente Jiménez con los maestros normalistas y a don Mauro Fernández con las juntas de instrucción. ¡Costa Rica! He aquí el dulce nombre de la patria.

La Historia Universal ha conservado en una de sus páginas más bellas, de una manera incidental, el recuerdo del descubrimiento de este país, pero ha guardado silencio en cuanto a las fechas y circunstancias precisas, relativas al origen de este nombre: Costa Rica. Sin embargo, existen ciertos datos con los cuales podemos acercarnos mucho a la verdad histórica del punto.

Nuestro territorio tiene un origen nobilísimo. No fué un oscuro aventurero quien dió noticia cierta de su existencia; fué el más notable navegante de todas las edades, el mismo Cristóbal Colón quien recorrió por vez primera nuestras costas del Atlántico.

Era el año de 1502. El viejo Almirante recorría el embravecido mar de las Antillas gobernando una escuadrilla compuesta de cuatro inseguras carabelas. Tocó en la punta de Caxinas las playas del continente americano, y de allí siguió navegando hacia el Sur Este, combatido tenazmente por deshechas tempestades. Venía en busca de un estrecho que le abriera las puertas del Oriente.

Ya las frágiles embarcaciones y los extenuados marineros estaban casi a punto de no poder continuar la expedición, tan dilatadas y tan recias habían sido las fatigas en la mar, cuando el 25 de setiembre de dicho año, lograron por fortuna, arribar a las aguas bonancibles de un puerto defendido por una isleta hechicera, cubierta de palmas y de frutos y de flores. Los indios llamaban a la isleta Quiribiri y al puerto Cariarí. Puerto Limón y la Uvita son los nombres que hoy llevan esos lugares en donde pudo entonces el ilustre genovés dar descanso a su gente, reparar algo sus bajeles y sacar de entre los arcanos de lo ignoto el territorio actual de Costa Rica.

Allí hallaron según palabras de fray Bartolomé de las Casas, «la mejor gente y tierra y estancia que habían hasta allí hallado, por la hermosura de los cerros y sierra y frescura de los ríos y arboledas que se iban al cielo de altas, y la isleta verde, fresquísima, llana, de grandes florestas que parecía un verjel deleitable».

Sabiendo, como se sabe, cuán impresionable era Colón ante las bellezas de la naturaleza, tenemos por seguro que durante su permanencia en aquel puerto, debe haber

repetido muchas veces frases de entusiasmo a manera de un himno de alabanza en favor de Cariarí. Los cronistas no escribieron las palabras de aquel himno, pero fácilmente las percibe el pensamiento.

¡Salud, oh, Cariarí! ¡Salud, oh, costa deleitable! que de entre las aguas de mares desconocidos surgís a los ojos de los hombres, bañada de hermosura incomparable, refrescada por las brisas, fecundada por los trópicos, ataviada de radas y de puertos apacibles, cubierta de espléndido follaje, guarnecida de una franja de palmeras y ceñida de altísimas montañas, por encima de las cuales aparece majestuosa la cumbre enrojecida del Turrialba.

¡Salud, oh, costa exuberante! que así dais pródigamente para regalo de los hombres junto al rico manatí el transparente carey, junto a las parleras guacamayas las gaviotas silenciosas, junto a la vainilla perfumada el aromático cacao y al lado de la zarzaparrilla que se tiende hasta tocar el suelo, la ceiba majestuosa que se yergue hasta tocar las nubes.

¡Salud, oh, costa singular! que así dais por testimonio de los ricos minerales que atesoran vuestras selvas, los límpidos espejos de oro bajo que llevan los indígenas prendidos a su cuello.

¡Salud, oh, costa prodigiosa! ¡Salud, oh, Costa Rica!

Los compañeros de Colón, complacidos de su estada en Cariarí, repitieron y fijaron en su mente las últimas palabras de aquel himno:

¡Salud, oh, Costa Rica!

Las cuatro embarcaciones se hicieron a la vela, cruzaron nuevamente las ondas del Océano y las tripulaciones dijeron por el mundo que allá, en las partes de Occidente, había una tierra fecunda, llamada... la Costa Rica.

En 1510 consiguió Diego de Nicuesa la gobernación de Castilla del Oro, en cuya jurisdicción caían los territorios de Veragua y Costa Rica, pero entonces llevaban ambas regiones oficialmente un solo nombre: el de Veragua. Pocos años después prevaleció la denominación de Costa Rica para designar la parte de Veragua que hoy forma el territorio de nuestro país. Son del año 1539 los documentos oficiales más antiguos que consignan el nombre de Costa Rica.

En aquellos años los conquistadores buscaban ante todo, el oro; así es que el nombre de esta región no podía ser más llamativo ni más adecuado a la realización de la conquista. En los relatos de las infructuosas expediciones de Nicuesa en 1510, de Hernán Sánchez de Badajoz en 1540 y de Diego de Gutiérrez en 1543, efectuadas por el lado del Atlántico, se consignan las noticias que corrían acerca de la riqueza mineral de esta región y también las dificultades con que la naturaleza impedía la exploración y conquista de este país.

El desastrado fin que tuvieron esas tres expediciones retardó durante varios años el definitivo asiento de los españoles en nuestro territorio, pues no fué sino en 1564, cuando, por la fundación de Cartago, pudo decirse que la provincia de Costa Rica había caído bajo el dominio español.

La expedición de Juan Vázquez de Coronado hacia la parte llamada hoy de Talamanca, y sobre todo, el descubrimiento que entonces hizo allí de unos ricos lavaderos en la Estrella, debe haber atraído hacia esta tierra a muchos de los españoles que a la sazón corrían en las provincias vecinas las aventuras de la conquista.

Uno de ellos fué Domingo Jiménez, un soldado leguleyo que había nacido en Castilla en el año de 1536.

Vino a Costa Rica de treinta años de edad, dos años después de la fundación de Cartago, cuando apenas se comenzaba a explorar y conquistar el territorio. Es decir, llegó durante la gobernación interina de Venegas de los Ríos, precisamente cuando por razón del naufragio de Juan Vázquez lloraba esta colonia su orfandad y su abandono y tambaleaba en sus débiles cimientos combatida por mil contrariedades.

En efecto, si el Gobernador Perafán, que vino poco tiempo después, hubiera demorado algo más su viaje a Costa Rica, no habría podido encontrar en las riberas del río Taras otras huellas españolas que los escombros dispersos de Cartago, porque los indios estaban rebelados, la ciudad velaba noche y día y los nueve soldados españoles que quedaban por todo vecindario, refugiados en la iglesia con su jefe Pedro Venegas de los Ríos.

El nombre de Perafán se recordó en Costa Rica por muchos años durante el coloniaje, no por haber salvado a la ciudad del riesgo inminentísimo, pues los pueblos siempre olvidan presto los favores que reciben, sino por la institución de las encomiendas, adoptada aquí durante su gobierno.

Las circunstancias especiales de aquel momento histórico y las ideas entonces dominantes en Europa, se impusieron de tal suerte en la naciente colonia, que a Perafán le fué imposible evitar el que aquí cayesen los indios, como habían caído en todas partes, abrumados bajo el peso del derecho de conquista.

Los conquistadores españoles no habían surcado los mares ni peregrinado en tierras nuevas por sentimientos de piedad, sino de lucro, y por eso, los que fundaron a Cartago pidieron y consiguieron la encomienda de los indios.

Entre la gente que trajo Perafán de Nicaragua, se contaban muchos soldados de Cavallón y de Juan Vázquez; así es que en la ciudad residían entonces nuevos y viejos conquistadores. Los viejos por los servicios pasados y los nuevos por los servicios futuros, todos unánimes pedían el repartimiento de los indios, y aun amenazaban al viejo Perafán con salirse de la tierra si no daba ese premio a sus servicios.

El Gobernador vacilaba en acceder a la demanda porque las instrucciones reales que tenía no lo facultaban para tanto, pero instigado por los ruegos del Cabildo, compelido por los gritos de la chusma y forzado por el sordo rumor de rebelión que asomaba en sus soldados, se decidió por fin a repartir las encomiendas.

¡Ah! el 10 de enero de 1569 es un día negro en los anales de la historia patria; en él acabaron de perder su libertad los aborígenes; en él se autorizó la disfrazada esclavitud de los vencidos; en él quedaron sometidos a perpetua servidumbre, como siervos de la tierra, aquellos mismos que habían sido los dueños y señores de esta tierra, que así son de pavorosas y de injustas las crudas decisiones de la guerra.

Mas si para el cumplimiento de los altos fines del progreso humano ha de ser preciso que vayan sucumbiendo en todo el orbe de la tierra los más débiles en beneficio de los fuertes; si ha de ser preciso el predominio de las razas superiores y la extinción de las caducas, debemos tener por día eternamente memorable aquel 10 de enero de 1569 que afianzó en Costa Rica, con la esclavitud de los güetares, la perpetuidad de los caucásicos, pues que éstos por su mayor vigor de espíritu y de cuerpo son más aptos y más suceptibles de progreso.

Domingo Jiménez, por ser entonces escribano del Cabildo de Cartago, tomó parte muy activa en los graves sucesos de aquel día, y en consecuencia, le fueron adjudicados en premio de sus servicios los pueblos de Abicetaba y Xufragua con sus barrios y estancias, caciques y principales y además unos cien indios en el remoto pueblo de Cia.

Alentado con la munificencia del Gobernador, hizo Jiménez como caudillo varias entradas a los pueblos de indios comarcanos y de guerra, pero en donde prestó sus mejores servicios fué en la jornada de dos años que hizo el Gobernador Perafán a Tierra Adentro.

A Perafán de Ribera le habían dado la gobernación de Costa Rica para que se repusiera de los quebrantos de fortuna que había sufrido en Honduras. Por consiguiente, tan luego como llegó a Cartago enderezó sus pasos hacia la famosa mina de la Estrella.

Las grandes penalidades consiguientes a tan memorable expedición, pusieron a prueba el temple de todos aquellos soldados aguerridos, entre los cuales era Domingo Jiménez distinguido favorablemente por su Jefe, el viejo Perafán.

En esa ocasión, cuando estaban los conquistadores en lance apuradísimo, detenidos en el campamento de Arariba, valle del Duy, no tanto por la cautelosa resistencia de los indios, cuanto por las enfermedades y carencia absoluta de indispensables provisiones, rodeados de impenetrables bosques, de desconocidas y ásperas montañas y alejados de los pocos auxilios que pudiera ofrecerles la ciudad incipiente de Cartago; en tales circunstancias hubo algunos pocos españoles, que habiendo perdido la esperanza de dar con las minas de la Estrella y acobardados por los recios trabajos que pasaban, pensaron en la fuga y tramaron un motín. Vicente Castillo se llamaba el jefe principal de aquella trama.

El famoso proceso de Arariba que aun existe original en los Archivos, refiere puntualmente el episodio. En ese proceso figura el nombre de Jiménez: primero como declarante y después como juez asesor. En su declaración se deja ver el deseo que tenía de salvar a los culpables sin que para ello le arredrase la autoridad del implacable Perafán, pero cuando fué llamado a conocer como juez no tuvo más remedio que seguir la corriente de su siglo: la severidad.

Domingo Jiménez no fué hombre letrado, pero si el título con que intervino en el proceso de Arariba hubiera sido expedido por la Universidad de Salamanca, no enaltecería tanto su memoria como la enaltecen las palabras que dictó entonces Perafán al constituirlo en asesor. Os nombro, dijo, por cuanto sois hombre honrado y sin sospecha.

El tribunal fulminó sentencia de muerte para el jefe de aquella vil conjuración, y Perafán la confirmó y ejecutó.

¡Vicente Castillo en la horca! Cuadro pavoroso debió ser aquel, en las soledades de Arariba, para los desfallecidos españoles! Pero la verdad es que aquel castigo severísimo implantó de nuevo la necesaria disciplina, lográndose con ella la salvación de toda la falanje.

El Gobernador se detuvo largo tiempo en Arariba y desde allí envió al experto Capitán Juan Solano para que prosiguiese los descubrimientos iniciados en tan recóndita comarca. Domingo Jiménez, grande amigo y compañero inseparable de Solano, también formó parte de esa nueva expedición, la cual dió por resultado el dejar noticia indiscutible de que allí, en las sabanas y valle del Guaymí, flameó el estandarte de Castilla dentro de la jurisdicción de Costa Rica; noticia que ha de ser tenida muy en cuenta cuando deslindemos con Colombia las fronteras.

Mirando Perafán las dificultades que había para el establecimiento de una población en las costas del Atlántico, resolvió abandonar aquel paraje, trasmontó la cordillera y descendió a las vertientes del Pacífico.

Fueron tan grandes los trabajos de aquella travesía que doña Petronila, la mujer de Perafán, uno de sus hijos y otros varios expedicionarios murieron de camino.

Entonces fundó el referido Gobernador hacia las partes de Boruca, una ciudad que llamó Nombre de Jesús, predestinada a desaparecer a poco de su fundación.

Todos los requisitos para la fundación de una ciudad se llenaron en esa vez, de tal suerte que hasta nombraron autoridades municipales. Domingo Jiménez fué nombrado Alcalde para el año 1571. Pero luego echaron de ver que si no había gente bastante para poblar a Cartago, menos la había de haber para el Nombre de Jesús, y en consecuencia, resolvieron abandonar aquellas partes remotas de Boruca. En efecto, después de dos años de trabajos inauditos regresaron a Cartago en donde ya se les tenía a todos ellos por perdidos.

Los indios recién conquistados aprovechándose de la dilatada ausencia del Gobernador se habían sublevado en toda la provincia, muy especialmente los de Aoyaque. Con tal motivo fué enviado a sujetarlos don Diego López de Rivera, hijo del Gobernador. Domingo Jiménez fué uno de los soldados de esa nueva expedición.

Perafán, cargado de años, sin alientos para continuar en su empleo, abandonó la gobernación, se dirigió a Guatemala y fué a morir a Nueva España.

Con él se hubieran ido todos los vecinos de Cartago, perdida la esperanza de encontrar las ricas minas de oro que buscaban, si las sendas encomiendas no hubieran ofrecido algún halago a su codicia, o si en el regazo de las indias no crecieran tan rollizos los frutos de su amor, o si en el verde prado de la Mata Redonda, que servía de asiento a la ciudad, no hubiera la Naturaleza derramado mil encantos tropicales.

Aquel grupo diminuto, progenitor de Costa Rica, definitivamente quedaba desde entonces arraigado en este suelo. Ya los reyes de España podían incluir permanentemente a Costa Rica en el recuento de sus dominios de ultramar, y por lo tanto, claro está que no podía faltar quien a su nombre rigiera los destinos de esta provincia. Después de Perafán vino Anguciana.

Con Alonso Anguciana de Gamboa principia la lista de los malos gobernantes de este país. Bajo la influencia poderosa de ese jefe, las ciudades de Costa Rica mudaron violentamente su asiento, los indios duplicaron sus tributos, los encomenderos tuvieron inseguras tasaciones, los misioneros olvidaron su celo religioso, los litigantes avivaron sus rencores y todos los vecinos del lugar perdieron la seguridad de sus personas.

Para la impetuosa voluntad de Alonso de Anguciana no hubo valladar que la atajase, ni ordenanza real que obedeciese, ni apelación interpuesta que aceptase. Mandaba indistintamente poner caballero en un rocín de albarda a Francisco Muñoz Chacón para que así le azotasen por las calles, como a los frailes franciscanos en el cepo para que así estuviesen en la cárcel por dos meses. No hubo en la satisfacción de sus caprichos investidura eclesiástica ni posición social capaz de refrenar sus pasiones. Fué un tirano.

En situación tan peligrosa tuvo Domingo Jiménez la ocurrencia de censurar los abusos de aquel jefe omnipotente. En ese tiempo no había aquí, como hay ahora en otras partes, el recurso de la prensa para aconsejar y reprimir al Gobernante, pero a lo menos existían los libelos manuscritos, que sigilosamente pasaban de mano en mano por toda la ciudad. Domingo Jiménez escribió un libelo en contra de Anguciana que dió por resultado el que fuera el escritor a dar en el cepo de la cárcel.

El proceso y la prisión del libelista no llevaban traza de acabarse nunca, por lo cual vino la fuga a poner remate al incidente. El Alguacil mayor de Cartago no sería entonces diligente, pues el fugitivo llegó ileso y pidió asilo en el Convento de Aranjuez.

Allí permaneció durante unos dos días corriendo riesgo inmenso de caer en poder de su enemigo; allí vacilaba en proseguir su camino al ostracismo, porque le atraían cual imán irresistible los vínculos de amor, de amistad y patriotismo que había formado en Cartago; allí, en fin, daba a los vientos su amorosa inspiración en la forma literaria de unas coplas gemidoras, para despedirse con ellas de su dama favorita.

El tenor literal de aquellas coplas dice así:

Vive, Leda, si podrás
y no penes atendiendo,
que, segund peno partiendo,
ya no esperes que jamás
te veré ni me verás.

Por no ver mi perdición
parto de esta tierra afiito
huyendo de Faraón,
a tierra de promisión
dexando aquesta de Egito.
Y sin duda esta partida
me da pena sin compás
sólo de verte afligida;
mas tú, vida de mi vida,
vive, Leda, si podrás.

En verme partir de ti
no penes ni vivas triste,
yo voy contigo y sin mí,
que des que te conocí
jamás de mí te partiste.
Espera y ten confianza,
sólo aquesto te encomiendo,
que el tiempo hará mudanza:
tras la tormenta hay bonanza
y no penes atendiendo.

Pensando en esta partida
el corazón se me parte
y arráncaseme la vida,
por quererte tan querida
y no poder ya gozarte.
De ti no sé que será
por lo cual voy padeciendo,
y tanta pena me da
ver que no te veré ya
que, segund peno partiendo.

La vida podrá partir,
que sin ti yo no la quiero:
y en no poderte servir
lo siento más que el morir,
por lo cual viviendo muero.
Y siento un dolor tan fuerte
creyendo me olvidarás,
que me ha de causar la muerte:
por donde verme ni verte
ya no esperes que jamás.

Pero con todo te pido,
aunque veas que estoy ausente,
por el bien que te he querido,
que no me eches en olvido,
que yo te tendré presente.
Por última despedida
me da un abrazo y no más,

pues a ello amor te convida,
y haz cuenta que en la vida,
te veré ni me verás.

Ciertamente el escaso mérito literario de esas coplas no justifica la longevidad que han alcanzado. Aquel oscuro discípulo de Góngora salvólas del olvido, únicamente por el pringue faraónico que en ellas escribió; pues el frívolo Anguciana, sin saberlo, al inquirir acerca de las coplas, las hizo pasar intactas a la historia.

La fuga de Jiménez, su estada en el Convento y la lectura de sus coplas, fueron de funestos resultados para los vecinos de Aranjuez. Ellos sabían que el libelista estaba asilado en San Francisco; ellos le vieron una noche salir del monasterio; caminar azorado y sin sombrero; deslizarse sutilmente por detrás de las viviendas; vagar por la sabana cual un duende; echar el lazo a su caballo, ¡oh! ellos le vieron claramente, y sin embargo, le dejaron libre su camino, apesar de la carta de justicia que para prenderlo habían recibido de un agente de Anguciana.

¡Oh, ciudad hospitalaria de Aranjuez!, cuán tremendo castigo os amenaza, porque ya viene de camino el implacable Anguciana de Gamboa; ya su brazo airado se levanta en señal de ruin venganza; ya suena en la comarca el fatídico clarín que anuncia vuestra eterna perdicion. ¡Oh, ciudad infortunada! vuestros días están contados: vais a desaparecer arrebatada por el torbellino abrasador que soplan los tiranos.

Pero el astuto fugitivo sí pudo escaparse de esa vez. Puso en manos de Francisco Magariño el pergamino de sus coplas, recibió la bendición de fray Juan de Medina, montó a caballo y corrió, corrió, corrió hasta llegar a Nicaragua.

Tres años después de los sucesos referidos, es decir, en 1577, aparece Domingo Jiménez en Cartago desempeñando las tareas de regidor. Como él lo había previsto, después de la tormenta había venido la bonanza, porque después del bárbaro Anguciana gobernaba Artieda, el bondadoso.

Domingo Jiménez en 1579 todavía formaba parte del Cabildo, pues también su nombre cubre la carta escrita al rey con esa fecha, encomiando la conducta del buen gobernador, señor Artieda. Y en 1580 era Contador de la Hacienda Real de esta provincia.

Después de los años referidos no aparece más el nombre de Domingo Jiménez en los papeles que hablan de la cosa pública ni en aquellos que refieren los tratos y contratos, los placeres y disgustos, las virtudes y miserias de los hombres de Cartago; nada vuelve a decirse del coplero, porque como ya iba para viejo es natural que buscara su sosiego metido entre la casa.

Por excepción, sin embargo, se le encuentra en un documento del año 1600: en la información de méritos y servicios levantada por Francisco de Ocampo Golfín. Bien es cierto que él allí acudía, ungido con el óleo venerable de los años, para hablar de tiempos remotos, para informar de Cavallón y Coronado, para decir que había visto con sus ojos y tocado con sus manos los pañales de Cartago.

En 1604 vuelve Ocampo a levantar otra información de testigos y antiguos conquistadores, y como ya en ella no figura el nombre de Domingo Jiménez, es de presumir que hubiera muerto por el año de 1602, a los 66 años de edad.

He aquí, pues, consignados fielmente algunos datos biográficos de Domingo Jiménez el coplero, el soldado aventurero, que vino en los días de la conquista deslumbrado por las doradas ilusiones que entonces infundía el nombre de la provincia Costa Rica; he aquí consignadas las señales que aun perduran en antiguos documentos, de haber caminado por la senda de la vida un humilde pasajero, un antiguo poblador de esta ciudad, que vino a buscar oro y que a duras penas encontró mezquino albergue pajizo, en donde fijar su residencia, para trasmitir a lo futuro el apellido de su nombre, la sangre de sus venas, los acentos de su idioma y la fe de sus mayores.

MANUEL J. JIMÉNEZ.

Cartago, 8 de abril de 1900.

(Boletín de la Biblioteca Nacional, S. J., C. R.)

Lucem aspicio

HAY entre los papeles de don Mauro Fernández que posee la Biblioteca Nacional, unos *Testimonios de aplicación y progreso* que expedía la extinta Universidad de Costa Rica a los alumnos distinguidos.

Estaban impresos, los *Testimonios*, en plieguitos de papel fino y bordado, como si fueran las tarjetas del banquete, como si el alumno llegara a sus padres de las bodas con el estudio.

En esos *Testimonios* de don Mauro hemos conocido el sello de la Universidad. Lo reproducimos:



Lema: *Lucem aspicio*, miro la luz, contemplo la luz.

El símbolo floral, sencillo y claro: un *girasol*.

¡Alcemos de nuevo la Universidad, su lema y su símbolo! ¡Busquemos con ahinco la luz, contemplación noble, primaveral y fecunda! ¡Seamos de nuevo fieles—una vez por todas—a las aspiraciones sensatas y patrióticas de los viejos fundadores!

Y de paso, digamos esto:

Revisemos, estudiemos lo que concibieron y realizaron nuestros mayores. Allégucse a los jóvenes la erudición fina y amena, con vistas a la exactitud, pero también a la gracia, al arte y a la filosofía, sí, a la filosofía. ¿Cuándo estudiaremos y enseñaremos nuestra historia con este ánimo? Y entonces, a echar de menos los bienes perdidos, a rectificar errores pasados, a sustentarse, a rehacer, a crear!

gm.

La dignidad del indio

Cuando los españoles conquistaron la [América
y al traernos cultura trajeron esplendores,
vino un día a Costa Rica Perafán de Ribera,
que traía entre sus venas, como indomable [fiera,
la sangre ebullidora de los conquistadores.

Perafán, dominado por el fulgor del oro
con sesenta y ocho hombres se fué hacia el [Changuinola.
(Mientras los indios vieron someramente [el oro,
por tenerlo batíase como por el decoro
la ambición de las viejas legiones españolas).

Antes de que llegaran los bravos españoles
los indios se alejaron a la selva sumisa,
después de haber quemado las milpas y [palenques,
para que aquello fuera cual golpe de re- [benque
y el íbero temblara sobre el mar de ceniza.

En aquel ya lejano momento de esta tierra,
ante el español fuerte que traía espada al [cinto,
se alzó como una muestra genuinamente [humana
hablando a la famosa y heroica raza hispana,
la acción que demostraba la dignidad del [indio.

MARCO TULIO SALAZAR.

Barba, C. R., 23 de octubre de 1923.



Página lírica

de Héctor Ripa Alberdi

ROMANCE

I

Alma buena, flor del campo,
ven mi pecho a perfumar,
he menester de consuelo,
tú me puedes consolar.
El yermo quemó mis plantas,
mis labios secos están,
y en mis ojos se ha dormido
la sombra crepuscular.
Vinieron las negras nubes
como fantasmas del mal:
ya no alumbran las estrellas
que me solían guiar.
He vagado por el mundo
en busca de un manantial
que refrescara mis labios
con agua de eternidad,
y sólo hallé la corriente
del agua que viene y va...
Alma buena, flor del campo,
estrella de castidad,
a tu regazo retorno:
tú sola sabes amar.

II

Vida, ¿por qué me maltratas
al punto que me acaricias?
¿Por qué me das tantas rosas
y luego tantas espinas?
Yo vierto todo mi amor
en tus ánforas benditas,
y hasta en el alma te entrego
mi existencia florecida,
y tú me das con la miel
la amargura del acíbar.
De los jardines del mundo
me diste flores bellísimas:
unas conservan fragancia
pero otrás están marchitas.
Veo que vive en tu seno,
como amenaza escondida,
junta al ángel amoroso
la serpiente vengativa.

Vida, ¿por qué me maltratas
al punto que me acaricias?

—Y vi agitarse el mundo
cual una tragedia antigua.
Triunfaban entre los hombres
el amor y la alegría,
pero cruzaba a lo lejos,
como una sombra maldita,
la carreta del dolor
gimiendo sobre la vida...

BALADA DE LA LLUVIA LENTA

Mensajera de amor la lluvia lenta
va dejando en la paz del pensamiento
un callado rumor desvanecido
como de alas oídas en los sueños.

En el lánguido arrullo de la lluvia
todo viene a dejarnos su consuelo:
las canciones que sólo presentimos,
los amores que nunca alcanzaremos,
la piedad de las manos que nos quieren,
la oración de los labios predilectos...
Hay un hondo placer en estas horas
en que todo se oculta bajo un velo
de fugaz lejanía, y sin embargo
todo está con nosotros, en silencio...

Mensajera de amor la lluvia lenta
murmurando desciende, y en secreto
nos despierta muy hondas esperanzas
trayendo al corazón la luz del cielo.
Una música blanda nos redime
de la fría amargura del momento,
y tan sólo nos llega de la vida
el encanto de todo lo que es bueno.
Cuántas almas tendrán en este instante
la inefable caricia de un ensueño,
y podrán sobre el vértigo del mundo
levantarse en la gloria de su vuelo.
Y qué bien rezarán sus oraciones
las vírgenes que moran en los templos!
Y qué bien dormirán todos los niños
en la blanca tibieza de sus lechos,
sin saber que en el mundo hay malos [hombres
y que pueblan los lobos el desierto,
porque saben no más que historias buenas,
esas dulces historias que aprendieron
cuando acaso las manos maternales
les unían las manos sobre el pecho!

Mensajera de amor la lluvia lenta
se ha dormido en la paz del pensamiento,
y una suave armonía me acompaña
por la senda sin fin de los recuerdos...

GLORIA MATINAL

Alma mía, sé siempre clara y buena,
y que cante en tu seno la alegría,
tan ligera de luz y de armonía
como el agua que va sobre la arena.

Broten lirios de amor por la mañana
en el vuelo sonoro de tu canto,
y que fluyan las ondas de tu encanto
como el fresco rumor de la fontana.

Que la vida se aclare en tus cristales
y que Dios sea el alba en tu camino,
porque así tendrá rosas el destino...
y una azul melodía de zorzales.

EGLOGA

Tristeza crepuscular.
En esta tarde de abril
el canto del campanil
es un lejano cantar,
melancólico y sutil.

Desde apartado lugar
tras el aura juvenil
lento acento cencerril,
que evoca el hondo vibrar
del agua en el hontanar
y del rabel pastoril.

Encanto crepuscular...
Dulce fragancia de abril...

EN EL CAMPO

Es un claro domingo cordial y silencioso.
La casa está tranquila. Ni un soplo [misterioso
la honda calma turba del ámbito adormido.
El aire está sereno, las hojas no hacen [ruido...

El corazón rebosa tierna melancolía,
y una santa bondad, en dulce melodía,
impregna el alma suave de música y [fragancia:
reposo en el espíritu, reposo en la distancia;
haciendas taciturnas...perdidas voces [quedas...
los campos que se alejan... azules [arboledas...

Bendita beatitud de esta vida tranquila
con gratos pensamientos, serena la pupila
que escruta los confines, muy honda la [esperanza...
y alguna blanca nube que cruza en [lontananza.

QUIETUD

Quietud. Hondo silencio vespertino.
Se levanta una ráfaga de viento
que estremece la fronda en remolino
y se aleja llevándose unas hojas...
Da dos vueltas la rueda del molino.
Se desprende de un salto la calandria
y desgrana las perlas de su trino...
Se ha posado de nuevo la calandria...
Quietud. Hondo silencio vespertino.

MAÑANA DE CRISTAL

El sol de esta mañana ha puesto en el [paisaje
vibrante transparencia y claridad florida;
el rumor de la fuente hace grata la vida,
y se aclara el espíritn bajo el alto follaje.

Se alejan por la senda como buenas [hermanas
dos pequeñas palomas, humildes y amorosas.
En los verdes rosales se han abierto las [rosas,
y canta algún hornero en las frondas [lejanas.

TARDE

En el alma florece la emoción de las [cosas,
y el paisaje se ahonda bajo un hábito [manso.
Fragante está la tarde, pensativas las [rosas,
todo como en el sueño profundo del [remanso.

MAÑANA

Risueña está la vida. La luz en el paisaje
ondula como un velo dorado y
[transparente...
Canciones de las aves... Rumores de la
[fuente,
y una agreste fragancia en el alto follaje.

LA ULTIMA CANCION

Dulce silencio de la tarde muerta
sobre los campos de fragancia llenos,
cuando en el alma una canción remota
llora la ausencia de un amor sereno.
Llegan las sombras hasta los cristales
de mi ventana, insinuando un dejo
de honda paz y beatitud celeste;
y desde el fondo de mi amor contemplo
cómo se alejan las llanuras tristes
hasta tocar la inmensidad del cielo...
Pasa una nube silenciosa y lenta
como la vaga anunciación de un sueño,
y en la lejana soledad se pierde
el dulce canto del postrer labriego...

RECLINASTE EN MI PECHO...

Reclinaste en mi pecho tu cabeza,
temblorosa de amor entre mis brazos.
Levemente tus labios sonreían
y tus ojos estaban entornados...
Así te contemplé por un instante...
y hundí todo mi espíritu en tus labios.

Divagaciones en torno del libro de Juan José Carazo

He aquí un libro que se nos presenta con la hermosa sencillez de un fruto maduro y jugoso que acaba de desprenderse del árbol.

La vanidad epidémica no ha puesto ni un adarme en la elaboración de sus páginas.

El hombre que lo ha escrito no se tiene por un hombre de Ciencia, ni por un hombre de Arte. Es tan sólo un hombre que se ha puesto a observar con Amor y a contar con pasión lo que ha sorprendido en la naturaleza y en los libros, sin ansias de que su nombre pase a la posteridad, ni de fundar escuela, ni de lanzar verdades inconmovibles, de esas que para no ser discutidas se van derecho al fondo, con ánimo de pasar los siglos en una dulce penumbra o en una absoluta oscuridad.

Las plantas le atraen más que los hombres, porque le parece que viven una vida más justa, y de toda su obra se siente levantarse un canto a las plantas parecido a aquel que Walt Whitman entonara al pensar en los animales:

«Pienso que podría transformarme y vivir
[con los animales,
son tan plácidos y se bastan de tal modo a sí
[mismos!
Me detengo y los contemplo largo, largo
[rato.

No sudan ni se lamentan por su condición,
no están desvelados en la oscuridad llorando
[por sus pecados,
no me enferman discutiendo sus deberes
[para con Dios,
ninguno está descontento, a ninguno lo en-
[loquece la manía de poseer riquezas».

El libro de Juan José Carazo es un libro leal que no trata de *parecer* sino de *ser*. Díganlo si no la frase tosca, la forma descuidada tirada de cualquier modo sobre el pensamiento limpio y fuerte como para no escandalizar a los pudorosos con su sana desnudez.

La impresión que deja su autor es la de que al escribir su libro no ocupa una cátedra sino un banco de estudiante; y su libro, la de una obra que no pretende ser definitiva, sino de esas que en vez del punto final categórico tienen al terminar un signo de duda—, y la duda es infinitamente más dinámica que la certidumbre—, un signo de interrogación seguido de unos puntos suspensivos, campo libre para que la Curiosidad y la Esperanza puedan venir a otear el porvenir. El mismo se expresa así en su explicación liminar: «No es eso definitivo, pues más adelante deberá variar conforme vaya variando la visión del hombre, es decir, mejorando».

* *

El héroe del libro de nuestro amigo se llama «ñor Juan», y ñor Juan es Juan José. Y esto de que delante del nombre vaya un *ñor* y no un *don*, no es porque de la combinación le resulte un don Juan—, personaje que me atrevo a asegurar desconocido en sus dominios sentimentales—, ni es algo que no tiene sentido alguno en el caso presente para quien conoce íntimamente al autor. La afinesis nos revela su actitud interna con respecto al público que es la de pasar inadvertido como pasaría el anciano solitario, de tosca apariencia, en la Feria de las Vanidades, a quien nunca nadie allí habría saludado anteponiendo un *don* a su nombre.

El *don* lo colocan el servilismo y el respeto, en los dueños de riquezas, en los que visten bien, en los maestros y en las gentes de saber. No en los grandes maestros, cuya sencillez es la del mar o del sol en donde el penachillo de ese adjetivo ni siquiera se echaría de ver, y así se llaman simplemente Sócrates, Jesús, Dante, Tolstoi, Einstein.

Como Juan José no se siente ni entre los primeros ni entre los segundos, inconscientemente coloca el *ñor* sobre la cabeza de su héroe; y el *ñor* americano cobra en torno de la frente «alta y limpia» del viejecillo, un aspecto de enmarañamiento luminoso de humildad y orgullo naturales—, que nada tienen que ver con la modestia y soberbia que tanta aceptación tienen entre la hipocresía e insolencia de las gentes civilizadas—, aspecto que hace pensar en el musgo dorado por un rayo de sol que crece sobre la corteza de un árbol hermoso.

* *

Juan José Carazo pone al frente de su libro su nombre, sin pensar que esto de ser autor da cierto prestigio a los ojos del prójimo; al hacerlo lo anima el mismo sentimiento que tuviera al dar el nombre para registrar la partida de nacimiento de un hijo. Al hablar de su obra no lo hace como de una propiedad: lo que escribe está en la vida, y él no hace más que alumbrarlo con los rayos de su entusiasmo para hacerlo visible a los ojos de quienes no habían podido o querido mirar. Lo importante para él no está en su nombre sino en que se mire con amor a sus queridas plantas. Lo importante está en agitar la Curiosidad, sobre todo en el pensamiento de los niños en donde la moral no ha podido aún chupar la espontaneidad. ¡La Curiosidad! la primera de todas las virtudes cuando pone su fermento en una noble inteligencia. El Génesis nos la presenta como la chispa que encendió la vida de la humanidad. Sin embargo, es una fuerza vista generalmente con malos ojos por la Escuela y una de las pruebas es la gran aceptación que tienen ciertas lecturas con moraleja, que tienden a apagar en el ánimo infantil el ansia de buscar para encontrar.

Por sólo esta tendencia de querer darle a la Curiosidad un capital interés en Educación, es hermoso el libro de Juan José Carazo.

Es muy probable que serán muchos los espíritus que saldrán inquietos de esas páginas, deseando comprobar lo que dice Burbank sobre la polinización de las flores o lo que cuenta el autor de la pérdida de las espinas en los rosales que crecen en ambiente propicio, de la generación espontánea y tantas y tantas otras cosas maravillosas.

Y al terminar pienso con cariño y respeto en el amigo que ha escrito este libro, y me parece ver su cabeza altiva e hirsuta que no sabe hacer zalemas

ante las gentes importantes o respetables, inclinado lleno de ternura y paciencia sobre la hierba dormilona, para saber si el contacto de una lluvia ligera, el de las patitas de las abejas o el del viento, pliegan las hojuelas de la planta sensitiva y si el humo o una onda sonora logran abrirlas.

CARMEN LIRA.

Febrero de 1924.

La alegría de saber

En la reunión pública de las cinco Academias, celebrada en la *Académie des Sciencies* de París, a últimos del pasado octubre, el eminente geólogo M. Pierre Termier, pronunció un discurso tan elocuente como todos los suyos, en el cual trató de admirable manera de la *joie de connaitre*, de la alegría que experimenta el sabio, cuando acierta a conocer antes que otros, algunos de los innumerables problemas que esconden las Ciencias.

«Pero ¡ay! — dice M. Termier — nunca se sabrá todo, y la alegría de los más grandes sabios quedará incompleta y parcialmente oscurecida. Sin duda no se sabrá jamás qué es la luz y cómo marcha a través del mundo; cómo se ha constituído la Tierra, y si es una nebulosa condensada o un agregado de pequeños cuerpos sólidos unidos entre sí; cuál es el estado de su núcleo interno, si es sólido, líquido o gaseoso... pero quizá se averiguará algún día por qué tiembla la Tierra... quizá se podrá prolongar algo la vida humana... ¡Considérese cuál será la alegría que experimentará el que haya podido vencer, por ejemplo, la tuberculosis o el cáncer...!»

»Sí, la ciencia es causa de alegría para los hombres. Por esto habrá siempre sabios, mientras haya hombres capaces de pensar. Ciertamente, las Academias hacen bien en instituir premios y en prometer recompensas, para estimular a los investigadores: pero ¿qué premio puede compararse a la *alegría del descubrir*?

»Y ¿qué recompensa no parecería mezquina comparada con la que la Verdad misma otorga a quien ha logrado levantar una punta de su velo? «Yo soy tu recompensa, demasiado grande para tu pobre corazón», dice la divina Sabiduría: *Ego ero merces tua magna nimis*. La *alegría de conocer* nos parece a veces tan abrumadora, que uno hasta llega en ocasiones, a tener miedo de no poder resistir su enorme peso y tener que morir de ella».

(*Ibérica*, Tortosa, España).

Poeta y luchador

[Palabras pronunciadas en el Anfiteatro de la Escuela Preparatoria de México, el 30 de Noviembre de 1923, en memoria de HÉCTOR RIPA ALBERDI.]

Los amigos que deja en México Héctor Ripa Alberdi han querido ofrecer este homenaje de afecto a su memoria, en el cual me toca pronunciar estas breves palabras sólo porque fuí quien más de cerca conoció la vida y la obra de aquel poeta y estudiante que trajo a México, en 1921, con cuatro bizarros compañeros, el mensaje de fraternidad y rebelde esperanza de la juventud argentina.

Muere Héctor Ripa Alberdi a los veinte y seis años, cuando apenas había puesto las primeras piedras de su obra y se preparaba a construir. El poeta había lanzado a los vientos dos pequeños volúmenes y pensaba en los poemas nuevos. El ensayista había publicado el estudio sobre *Sor Juana Inés de la Cruz* y concebía vastísimos planes. El estudiante que conocimos en 1921 era ya maestro de la Universidad. El insurrecto de 1918 se preparaba a llevar hasta la cima las banderas de la revolución.

Alma límpida, pensamiento claro, carácter jovialmente tranquilo, fué Héctor Ripa Alberdi, desde temprano, poeta de la soledad y del reposo. Nuestros cantores de la serenidad, González Martínez y el argentino Arrieta, con su melodía cristalina, con su delicada armonía *lacustre*, parecían guiarlo: en realidad, a González Martínez lo adivinó antes de conocerlo. La naturaleza se trocaba, a sus ojos, en símbolos de dulzura y luz: las imágenes del campo, de su campo natal, fresco, húmedo, luminoso, rumoroso, son las que llenan sus versos. Con ellas puebla la celosa soledad de su aposento; entre ellas coloca la figura de la mujer amada. A veces, su voz se levanta, va en busca de almas distantes, puras como la suya.

Pero en una ocasión la turba de los estudiantes arrancó de su retiro al poeta y le hizo cantar la canción estrepitosa de la multitud juvenil. Y nunca compuso mejor canción. En el meditabundo poeta del reposo musical se escondía el maestro de los nobles coros populares.

Y es que aquel espíritu tranquilo era espíritu fuerte. A la honda paz de su vida interior unía la firme entereza de su vida pública. Y es así cómo, hombre sereno en su país de hombres inquietos, pudo ser uno de los animadores de aquel formidable movimiento que en 1918 agitó las escuelas argentinas y las obligó a renovarse. La juventud demandaba la autonomía eficaz de las Universidades, la participación del estudiante en los consejos que determinan orientaciones, la renovación de las ideas y de los hombres. La lucha, tenaz, violenta, trágica a veces, alcanzó triunfos rápidos. Pero la reacción, cuyo gérmen se esconde tantas veces en espíritus que temporal o parcialmente adoptan direcciones avanzadas, está en vela, y no ha cesado de atacar y mirar las conquistas de los jóvenes. La lucha no es ya violenta, pero es constante: día por día hay que defender las reformas; Héctor Ripa Alberdi entró, por sus méritos de hombre de trabajo y estudio, a la cátedra universitaria, pero no para transijir con la reacción, sino para combatir contra ella. En los espíritus de temple puro, ni la edad, ni el poder, ni la riqueza, ni los honores crean el temor a las ideas avanzadas: antes bien, reafirman la fe en los conceptos radicales de la verdad y el bien. Ni a Sócrates ni a Tolstoi los hizo la edad conservadores ni renegados. Como si se inspirara en tales ejemplos, Héctor Ripa Alberdi persistía en su fe: poco antes de morir, acababa de fundar, con sus amigos, la revista que es portavoz de la revolución universitaria en la Argentina.

A traernos la voz de aquella rebelde y esforzada juventud vino a México, con sus compañeros, Héctor Ripa Alberdi. Aquí, en este recinto, dijo su primer mensaje, invocando a Platón como héroe epónimo de las juventudes capaces de combatir por el ideal. Aquí encontró entusiasmo para sus devociones, afecto para su cordial limpieza.

Sus amigos se llamaron José Vasconcelos, Vicente Lombardo Toledano, Julio Torri, Salomón de la Selva, Roberto Montenegro, Manuel Gómez Morín, Daniel Cosío Villegas, Carlos Pellicer, Eduardo Villaseñor... México le interesó profundamente: le sedujo su honda agitación cobijada por la solemne paz de su naturaleza. Y a su patria volvió, con sus compañeros, para comunicar a todos la fe en el México Nuevo. Cuando, en 1922, visitamos la ciudad universitaria de La Plata, encontramos el «ambiente mexicano» creado por ellos: no sólo los versos de los poetas mexicanos, sino las estampas de edificios coloniales, las canciones del pueblo, repetidas por la juventud, el entusiasmo por las «ideas mexicanas»... Desde hace dos años, México es para aquella juventud símbolo de la pujanza con que la América latina concibe los ideales de una civi-

lización nueva, original, más amplia y generosa que todas.

Tal fué la propaganda cordial que de los ideales latinoamericanos hizo Héctor Ripa Alberdi. Ante su tumba declaremos, pues, nuestra decisión de trabajar por la magna patria, la América española.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

El ideal hispánico

Días pasados publicábamos un artículo del Sr. Sanín Cano [1], en el que se llamaba la atención sobre la última interpretación de la doctrina de Monroe, la del actual secretario de los Estados Unidos, Mr. Hughes, según la cual su Gobierno no debe consentir que se abran sin su permiso canales que compitan con el de Panamá en comunicar el Atlántico con el Pacífico. No se trata de una prohibición en el aire, porque son tres o cuatro los países que pudieran facilitar el acceso entre los dos mares en mejores condiciones que Panamá. El hecho mismo de que los norteamericanos se hallen en Panama no significa otra cosa sino que se trata de un país más fuerte que Colombia, por lo que le ha sido posible efectuar la separación de Panamá de la República colombiana, a que pertenecía.

¿Será más tolerable el hecho de que los Estados Unidos prohiban a México, a Nicaragua y a Colombia abrir canales entre los dos mares? Deede luego que ha de tolerarse, porque los Estados Unidos son actualmente más fuertes que todos los países de lengua española, aunque todos ellos consiguieran unirse; pero ello no quiere decir que sea justa la prohibición, y conviene pregonar a todos los vientos que se trata de una injusticia insigne, porque la conciencia de que se está cometiendo una injusticia grave con los pueblos de lengua española puede, por lo menos debe, despertar en éstos al mismo tiempo el deseo de unirse y el de ser individualmente más fuertes para no tener que sufrir malos tratamientos de otros pueblos.

Es una gran desgracia de los pueblos hispánicos el no haber sentido el ideal de la unión, como lo han sentido los italianos cultos a partir de los tiempos de Dante, hasta llegar a producir, al cabo, esta Italia de ahora, fuerte y consciente de su fuerza, de su fecundidad y de su porvenir, a la que no se puede ya atropellar impunemente. El hecho de que todas las tendencias disruptivas hayan encontrado mantenedores en los pueblos hispánicos, y de que no los haya encontrado, sino en poco número y demasiado espaciados, el ideal de la unidad, no habla ciertamente en honor nuestro. Es relativamente fácil deshacer las nacionalidades y los imperios, cuando algunas de sus partes no se sienten gobernadas a su gusto. Lo que es difícil es enmendar el desgobierno y contribuir a crear un régimen de justicia, en el que todos sientan que estan cumpliendo una misión de carácter universal, necesaria para la humanidad.

En una de las primeras y mejores novelas de Baroja figura un personaje que al surgir una desgracia de familia no piensa más que en abandonarla para que no le llegue el sufrimiento común. Baroja no pensaba entonces en hacer un símbolo. El símbolo resultó involuntariamente, y es por eso más fuerte. Actualmente se encuentran mediatizados, más o menos, todos los pueblos que formaron en otro tiempo el Imperio español. No hay ninguno que pueda jactarse de su absoluta independencia. Todos ellos, desde un punto de vista económico, están mediatizados, el que no por los Estados Unidos, por Inglaterra. Del Canal de Panamá para el Norte, la mediatización no es sólo económica, sino también política.

Pero no surge el ideal profundo de emancipación. No surge porque no se puede querer la emancipación sin querer igualmente los medios de lograrla, que han de ser, de una parte, el fortalecimiento interior, para librarse de la necesidad de capitales y técnicos extranjeros, y de otra parte, la unión de todos los pueblos hispánicos, por la cual no entendemos un sistema de cosas por el que una de las naciones que se unan disponga de la facultad de nombrar empleados en las otras, sino la unión en el propósito, en el fin, en la renuncia de todo empeño egoísta de escapar a los dolores comunes y, sobre todo, en la conciencia de que los pueblos hispánicos tienen algo que hacer en el mundo que otros pueblos no podrán hacer por ellos. Sin esta conciencia, el ideal hispánico no pasará de ser un sentimiento de piedad colectiva hacia nosotros mismos.

(*El Sol*, Madrid).

(1) Véase en el número 20 del *Repertorio*, tomo en curso.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Circular

Hemos recibido la siguiente, cuya lectura se recomienda:

Nadie ignora la necesidad de reforestar y la importancia de los bosques y arboledas, como reguladores de las lluvias, como tapavientos y sombra, como productores de maderas y frutas, como purificadores de la atmósfera, etc.; bosques plantados de valiosas maderas multiplican el valor de los terrenos; el humus, formado por las hojas de los árboles, absorbe las aguas pluviales, aumentando y conservando el caudal de los manantiales y las fuentes, los cuales abastecen las necesidades de los grandes poblados, de la agricultura, de muchas industrias y de grandes empresas de fuerza hidráulica.

El que posea tierras y explota sus arboledas sin reponerlas, destruye las riquezas nacionales y no tiene derecho a la gratitud de venideras generaciones: no debe confundirse la destrucción con la explotación.

ALFREDO ANDERSON.

Montes de Oca, enero de 1924.

Indice

de la obra "De la vida de las Plantas", por Juan J. Carazo.

Veinticinco años de radio

EL día 26 de diciembre hizo veinticinco años que los esposos Curie descubrieron el radio. Francia, que no deja pasar una fecha de esta naturaleza sin su correspondiente conmemoración, ha celebrado el aniversario con la mayor solemnidad, dándole cierto aire de apoteosis. Presidía la sesión de la Sorbona el mismo Presidente de la República, y las bandas entonaron una *Marsellesa* en honor del jefe del Estado y una *Polonesa*, de Chopín, porque Mme. Curie es polaca de nacimiento. Swodoska de apellido. A la ceremonia pareció asistir también con aquel aire espectral y secundario que siempre tuvo en vida, junto a su mesa forrada de negro, Pedro Curie, un poco parecido a nuestro Cajal, sobre todo en las sienes; sólo que habrá asistido quién sabe en forma de qué radiación invisible. Precisamente cuando Curie fué aplastado por la energía de un camión ocupábase en estudiar las radiaciones psíquicas, evolución no muy insólita entre los investigadores de los últimos misterios de la materia, como fué también aquel Crookes que acabó escribiendo libros de espiritismo.

Bien conocidas son las sorprendentes propiedades del radio y sus aplicaciones. El radio impresiona las placas fotográficas, hace fosforecer a ciertos cuerpos situados en su vecindad, transforma en conductores de la electricidad a los gases aisladores, engendra calor; en suma, produce energía sin pérdida apreciable de peso. Calcúlase que un gramo de la mágica sustancia tardaría mil doscientos ochenta años en disiparse a fuerza de irradiar. Las consecuencias prácticas de estas propiedades no son, con todo, el mayor servicio prestado por los esposos Curie a la humanidad. El radio ha permitido al hombre cómo empequeñecerse para introducirse dentro del misterio del átomo, donde ha descubierto maravillas parecidas a las siderales: un verdadero sistema solar, exuberante de actividad y energía. Después, las trasmutaciones del radio, que acaban en el helio y en el plano, nos han enseñado la posibilidad de descubrir, al fin, la famosa piedra filosofal, la trasmutación de los metales y quién sabe si la trasmutación de todos los cuerpos; depende de que algún día el hombre llegue a disponer de medios más enérgicos para provocar la desintegración de la materia. Según Perrín, con una corriente de diez millones de voltios alcanzaríamos casi todos los resultados soñados. Por otro lado, el radio nos ha hecho ver que la energía, que está como presa y encapsulada dentro de los cuerpos, es inmensa, millones de veces más de lo que se había pensado. La energía desprendida en las trasmutaciones de un gramo de radio se calcula mayor en varias decenas de millones a la producida por la combustión de un gramo de carbón. A análogo resultado, si bien por caminos abstractos, ha llegado Einstein. Actualmente no sabemos servirnos de estas cantidades de energía almacenadas en la materia; pero ¡quién sabe si, al cabo de los años, el hombre podrá hacer andar con unos cuantos kilos de carbón toda una red de ferrocarriles!



PIERRE CURIE Y Mme. CURIE

En su laboratorio de la Escuela de Física y Química, en 1898

Madame Curie cuenta en un libro recientísimo la vida del matrimonio en los tiempos de su investigación capital. Fué la Academia de Viena principalmente quien prestó ayuda económica a los esposos Curie, que, escasos de dinero, establecieron su laboratorio en un tendejón abandonado, una barraca de madera, de suelo alquitranado y techo mal cubierto, lleno de goteras. «Realizábamos las operaciones químicas en que se desprenden gases nocivos en el patio, si el tiempo lo permitía, o, en caso contrario, en el interior, con las ventanas abiertas». En este laboratorio se movía la mujer todo el día, estudiando la preparación de las sales puras de radio, en tanto el marido continuaba las indagaciones sobre las propiedades del radio. «Era un trabajo extenuador—, dice Mme. Curie—, trasportar recipientes con veinte kilos de sustancia, trasvasar los líquidos, removerlos durante horas enteras por medio de una varilla de hierro mientras la materia hervía». Bien hace en señalar la vida sacrificada del investigador en su laboratorio y la escasa remuneración con que la sociedad paga sus trabajos:

«¿Cuál es la compensación que nuestra sociedad ofrece al sabio, a cambio de la admirable donación de sí mismo? ¿Disponen siquiera los servidores de la idea de los necesarios medios de trabajo? ¿Viven, acaso, una existencia asegurada contra la miseria? El ejemplo de Pedro Curie y de tantos otros muestra que el sabio no es nada y que para conquistar medios aceptables de trabajo es preciso haber agotado la juventud y las fuerzas en los cuidados cotidianos. Nuestra sociedad, donde impera un ávido deseo de lujo y de riqueza, no comprende el valor de la ciencia. Ni los Poderes públicos ni la generosidad privada conceden a la ciencia y a los investigadores el apoyo y los subsidios indispensables para un trabajo plenamente eficaz».

(*El Sol*, Madrid

Juan José Carazo

El de Juan José Carazo es un nombre muy conocido de nuestros maestros. Lo que ha hecho al servicio de ellos, lo que se propone hacer, lo que desea que se haga, también es muy conocido, siquiera por una mayoría. Y no sólo de muchos maestros que han escuchado sus interesantes conferencias o leído sus artículos, sino de muchos estudiantes que han estado en comunicación con él en las aulas—en las cuales el cariño que inspira es evidiable—y de muchos agricultores, campesinos los más, que buscan en Carazo a un verdadero preocupado por sus problemas.

Sin embargo conviene recordar, al menos precisando los rasgos más generales, lo que hay de hermoso en su obra. Fué él quien primero trabajó en el país por organizar las que llamó «huertas caseras», traduciendo a nuestro lenguaje la denominación inglesa. Y trabajó con una tenacidad admirable.

Es él quien más se ha interesado por la difusión de la agricultura escolar y por obtener que se la contemple con un criterio amplio, dentro del cual tenga ella, como las manualidades en el concepto del pragmatismo pedagógico, el valor de un centro de correlación de estudios. Carazo ha deseado esto para las escuelas rurales o, siquiera, para las de ciertas regiones del país.

Podrá parecer que eso es poco haber realizado o poco pretender, pero la verdad es que tal obra se impone a la admiración por cierta grandeza que ostenta, así en cuanto tiene de realidad, como en lo que contiene de aspiración y de promesa. Cuando se mira con ojos penetrantes la trascendencia de tales labores—mutiladas por los obstáculos—y cuando se comprende el espíritu de sacrificio que Carazo ha vertido en ellas, surge límpida la fe de que él lleva consigo la luz superior en que se inspiran los apostolados. A más de que la compleja tarea de Carazo comporta la presencia de toda una vasta agitación de problemas nacionales.

Es cierto que poco de lo que ha construído subsiste o poco conserva la fuerza inicial; es cierto que poco de lo que va intentando logra hacer; mas también es cierto que en ambos casos el obstáculo o el fracaso aparecen más allá de donde alcanza la voluntad de Carazo.

Alguna vez se conocerá el historial de sus esfuerzos y se reconocerá entonces que Carazo ha sido traicionado por las circunstancias y que éstas fueron a veces tan crueles o tan torpes, que no respetaron la abnegada devoción con que él supo ponerse al servicio de nobilísimas empresas. Lo más grave es que las circunstancias han tenido, en algunas ocasiones, figura y nombre humanos.

En cambio quiere la fortuna que sean muchos los jóvenes a quienes Carazo ha iniciado en el secreto de amar y comprender la tierra, lo que un día u otro se convertirá en porvenir, y para él, en gloria.

*

Carazo es, pues, agricultor. Esto es lo dominante en él. Trasladado a cualquier campo, lo característico de Carazo será el don de cultivar. Es agricultor que cultiva la tierra con herramienta de ideas, que sabe nutrirla con abono de ensueño y rociarla, si en tiempo de sequía es preciso, con lágrimas. Pero es también el otro agricultor, el que muestra sucias las manos, el que ha recibido en ellas la mordedura de víbora de las espinas, el beso redentor de los soles y la unción misteriosa de las savias. El que, trabajando con sus hijos en una parcela, saca de ella el pan oscuro de cada día. El que de allí saca también haces de ideas, a veces sin limpiarles las raíces, a veces arrastrando con ellas algún secreto del corazón maternal de la tierra.

Ha sido también apicultor, y si algo lo revela es esa afición; de las abejas le interesa la vida, el enigma, la belleza del vuelo nupcial; la miel, la regala a los amigos.

*

Una vez un amigo de él le censuraba algún artículo con el decir de que era obra inerte de teórico. Carazo envió a la casa del amigo una canastilla con tomates de los que cultiva y con esta leyenda: «Tomates teóricos para hombres prácticos».

*

Cuando refiere el suceso disfruta con deleite del sabor de la broma. Hay una expresión popular que pinta a Carazo: «Me lo tiré». Discutidor empedernido, conversador y amigo de hacer frases con punta, le gusta contradecir, formular paradojas y ocultarse en el diálogo a atisbar la oportunidad de afirmar enfáticamente y con risueña malicia: «Me lo tiré». Y en cien veces es muy probable que acierte las más, por su observación, por su suelto decir, por su imaginación ávida de inquietud. La violencia se apodera de él fácilmente, lo que



Juan José Carazo

(Foto. Sotillo)

fuera grave si no supiese convertirla en ágil broma y si, malhumorado e impaciente, cual suele ser, no acudiera en las horas difíciles de su vida, al reposo en una bella serenidad.

Aparte de que en todas brota pródiga de su corazón una ternura paternal.

Cuando habla a los jóvenes de ideales, ella vibra en su gesto persuasivo con una fuerza apasionante.

*

Fué, hace años, maestro de escuela en el campo. Hizo allí una labor admirable, por la consagración y por la iniciativa. Me parece que hizo uno de los mejores trabajos que se han efectuado en el país. Trabajo de creación, más que de técnica. Su escuela rural algo tenía de la de Tolstoi y—en otro aspecto—de la de Kerschesteiner.

*

Antes había sido obrero. En San José trabajó en la reparación de instalaciones eléctricas. En la región atlántica había trabajado como mecánico en un aserradero. En esta clase de labores su don es la inventiva. De ahí su interés en los problemas del trabajador.

*

Actualmente trabaja como obrero en múltiples faenas de su huerto. Trabaja como agricultor y ha transformado su huerto—dentro de la mente—en un laboratorio. Como Profesor, su clase es un campo de labranza. Obra de fermentación que decía Vaz Ferreira.

*

Hay algo que lo caracteriza: su modo humilde de vestir. Hay un vehículo que prefiere: la motocicleta. Hay algo que bulle sin cesar en su mente: un problema, una negación, la fe en una obra posterior.

Hay un amor poético en él: sus hijos. Hay un obstáculo frente a sus empeños: la mala salud.

*

De viejo imagino que se parecerá mucho a Burbank por la sabiduría que llegará a sorprender en la vida de las plantas.

*

Este libro refleja fielmente el modo de preocuparse de Carazo. Allí está viva la movilidad de su mente, de continuo solicitada a la acción por múltiples sugerencias. Su rebeldía nativa rompe en las páginas lo que a él le parece el prejuicio de la forma.

Lo que el libro valga o signifique por referencia a la verdad de sus conclusiones, no sé yo decirlo. La zona de que trata es extraña a mis estudios. De las ciencias, con la educación —cuya sustantividad se discute—me ha interesado la psicología. En otros campos no me atrevo a dar ni un paso.

Ni siquiera sé lo que el libro valga como exposición de un método de trabajo. A lo sumo podría hablar yo de la sinceridad con que ha sido escrito. La sinceridad de Carazo es de una transparencia nítida. Y en presencia de la vida de las plantas esa sinceridad se desciñe de toda sujeción para enardecerse a impulso de un amor cargado de intuiciones que lleva a Carazo hasta el delirio de conversar al oído de las corolas... Esto es algo más que un modo de decir: es una realidad, y en las noches de este hombre, allá en la soledad de su huerto, es uno de los encantos de su espíritu.

*

Puede haber algún interés en señalar el hecho de que se publica este trabajo en los mismos días en que el Profesor Mc. Dougall, sucesor en cierta manera, en Harvard, de James y de Münsterberg, formula la teoría hórmica, que supone, para aplicarla a la psicología, una concepción de la vida similar a la de Carazo. Aquél en los animales. Este en las plantas.

*

Pero a mí sobre todo me complace dar una idea del hombre en cuya juventud admiro uno de los valores nuevos más ricos y fecundos de mi país. Este amigo mío ha venido y va buscando algo grande que ya está en él, en espera de una circunstancia que lo induzca a la eclosión en plenitud de luz. En tal concepto el libro me impresiona como un pretexto de Carazo para profundizar en su misma necesidad de crear y obligarla, concretándola, a aumentar su ímpetu, a medir su trayectoria y a vislumbrar, con su dolor, su gloria.

*

Ya escrito lo anterior, Carazo lo ha leído, y ha declarado que no le satisface la expresión empleada al hablar de su carácter. Dice que es grosera y que este libro puede llegar a las manos de los niños. Que, además, él la usa entre amigos y casi confidencialmente.

*

El no sospechaba que yo aprovecharía su apreciación para completar estas impresiones, mostrándolo en el aspecto más seductor que para mí tiene, por sobre su talento, por sobre su idealismo, y que es su íntima pureza, propia de un niño. Da un símbolo de esta modalidad de su ser el cariño que siente hacia las rosas,—profundo. Y allí arraigan, fundamentalmente, sus concepciones del permanente milagro de la naturaleza, y allí se nutren los caudales de su preocupación filosófica: en el arte de mirar la era y el paisaje con el candor de un niño, y de sentir así el trémolo con que la vida discurre en nuestro interior. Sólo que sus ojos cuando miran el mundo, como por la primera vez, en realidad lo han contemplado dentro de sí mismos infinitamente.

OMAR DENGO

(Prólogo del tomo *De la Vida de las Plantas*, S. J. de Costa Rica, 1924).

Lo nacional y lo humano en la cultura

La cultura responde a necesidades variadas; o a la persecución desinteresada de la verdad, o a la creación artística o a la aplicación utilitaria del conocimiento de la Naturaleza o a la formación del pensamiento y el carácter de un pueblo. Sólo las dos últimas modalidades (y la penúltima, más en la intención que en los hechos), tienen verdadera función nacional, de provecho propio. Las otras son utilizadas por la Humanidad entera; el patriotismo y el anhelo de hacer mejor a la propia colectividad juegan poco en ellas, pero, además, salen en seguida del país.

Por eso ellas sólo no explican el verdadero estado de cultura de un pueblo. Pueden haberse producido muy lozanas y no haber influído nada en la formación del alma nacional. Pueden haberse creado un país, una filosofía profunda y elevada, y ser su pueblo de sentimientos y conducta inferiores. Lo fundamental es averiguar qué ha hecho de un pueblo su cultura científica, literaria y artística. Que la tenga o no original, es secundario.

RAFAEL ALTAMIRA.

(*Revista Universitaria del Litoral.* Rosario, Rep. Argentina).

González Martínez aplaude una obra nacional

LEGACION DE MEXICO

BUENOS AIRES

Buenos Aires, 21 de diciembre de 1923.

Mi querido Sotela:

Le agradezco profundamente el envío de su libro *Escritores y poetas de Costa Rica*. Ha prestado usted un servicio a su patria y otro servicio muy señalado a quienes tenemos tanto interés como ignorancia de la producción hispano-americana. Nuestros conocimientos son tan fragmentarios, que resultamos extranjeros los unos para los otros en estas benditas tierras de América.

Estos trabajos de divulgación literaria, formados a conciencia y con criterio culto, son tanto más loables cuanto que para emprenderlos se necesita una aptitud que casi siempre se ha consagrado ya a la obra propia. Dedicar parte de la actividad espiritual a comentar las obras ajenas, es generoso impulso y raro desinterés. Es el caso de usted, que con su labor de poeta y de prosista a cuestas no estaba obligado a rendir tan fervoroso homenaje a sus compatriotas y compañeros espirituales.

Por ello, y por el gran acierto con que su libro está forjado, le envío mis cariñosas felicitaciones.

Ya sabe que siempre lo quiere y admira,

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.

P. S.—Un abrazo para García Monge y otro para Brenes Mesén.—Vale.

Señor don Rogelio Sotela.
San José, Costa Rica.



Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo .... Precio ₡ 2.50
Simpatías y Diferencias (Tres series).
Precio de cada serie .... ₡ 2.50

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica

8.25
562